

HOMBRE Y MUJER

TODO lo concerniente a las diferencias entre hombres y mujeres ha sido y es objeto demasiado a menudo de estereotipos, de malentendidos, y a veces, del sarcasmo. Ni el machismo, moneda de uso aún corriente por nuestras latitudes, ni el feminismo exacerbado, pueden darnos una visión lúcida de la cuestión, lo cual no quita que este último sea una reacción muy lógica y con toda seguridad necesaria como detonante. Ambas son actitudes de tipo ideológico, en el sentido menos objetivo del término, interesada la primera, apasionada la segunda.

En el presente trabajo, de la mano de la psicología diferencial y con el crédito que, como ciencia, cabe otorgarle, tratamos de resumir las conclusiones obtenidas hasta el momento por vía experimental y avaladas por los más descoliantes tratadistas del momento.

Lo biológico y lo cultural

Cuando se examinan las diferencias entre los sexos en aptitudes y personalidad es inevitable preguntarse por el origen de esas diferencias. ¿Son resultado de las peculiaridades biológicas de cada sexo o bien responden a pautas culturales?

Hay indudables diferencias biológicas. Los períodos de embarazo y crianza por parte de la hembra son fuente evidente de diferenciación psicológica. Asimismo, las diferencias hormonales, unidas al mayor tamaño y fuerza muscular del varón, producen diferencias en el terreno psíquico.

Otra fuente de diferenciación la encontramos en la aceleración del desarrollo del sexo femenino con respecto al varón. Ya desde su concepción y hasta el estado adulto, las niñas registran mayor velocidad en su desarrollo físico. Ventaja que, por una parte, puede ir asociada con un desarrollo más temprano de algunos factores psíquicos. Y que, por otra parte, al hacer que las jóvenes tiendan a tratar y a casarse con hombres mayores que ellas, los cuales las sobrepasan, por tanto, en experiencia, desarrollo intelectual general y educación, da lugar fácilmente a estereotipos sociales no equitativos acerca de los sexos, al atribuir a diferencias sexuales lo que pueden ser simples diferencias de edad.

Pero los factores biológicos no pueden explicar por sí solos las complejas diferencias del papel de los dos sexos en una determinada cultura, como puede ser la nuestra. Los papeles de ambos sexos varían considerablemente de unas culturas a otras, hasta el punto de

que en ciertas sociedades estudiadas por los antropólogos, los papeles que desempeñan el hombre y la mujer en determinados aspectos se invierten prácticamente al compararlos con los que desempeñan entre nosotros.

Por ejemplo, en la isla de Manus, en Nueva Guinea, los hombres son los que ejercen un comportamiento maternal, siendo los encargados de atender a los niños y jugar con ellos. Otro ejemplo es el pueblo Tchambuli, donde las mujeres ostentan el poder y se caracterizan por ser impersonales, prácticas y eficientes, mientras que los hombres se ocupan principalmente de tareas artísticas y no utilitarias, como la danza, pintura y escultura, y se caracterizan por una personalidad graciosa, artística, emocionalmente sumisa, tímida y sensible. Paradójicamente, en este pueblo, una mujer sería considerada «masculina» cuando presentase las características típicamente femeninas en nuestra sociedad, mientras que un hombre sería afeminado si se comportase de una manera que nosotros consideraríamos típicamente masculina.

La cultura, por tanto, es la que determina principalmente el comportamiento de cada sexo. Ese comportamiento responde de modo fundamental a la educación y a lo que el niño y la niña perciben ya desde el primer momento que se espera de ellos en cuanto a lenguaje, modales, vestidos, juegos y demás usos y actividades. Aunque los factores biológicos sean causa de algunas diferencias, lo son indirectamente y con imbricación estrecha de factores culturales.

Así, pues, lo que digamos aquí acerca de las diferencias halladas al comparar ambos sexos deberá entenderse como referido estrictamente al área cultural —entiéndase occidental— en que nos movemos.

Inteligencia y aptitudes

Hay dos aptitudes que, según todos los psicólogos, marcan diferencias entre hombres y mujeres: las verbales y las numéricas.

Las mujeres resultan superiores en las pruebas de fluidez verbal y en lo referente al dominio del lenguaje, de lo que resulta mayor capacidad en gramática, ortografía e idiomas. Son también superiores en velocidad de lectura. Todo ello parece estar relacionado con el hecho comúnmente conocido de que las niñas comienzan a hablar antes que los niños, lo cual tiene que ver con su más acelerado desarrollo físico, que les permite comenzar a articular el lenguaje antes que los

varones. Sin embargo, no son superiores en riqueza de vocabulario ni en comprensión y razonamiento verbales, aptitudes que suelen estar equilibradas entre hombres y mujeres, o bien arrojar alguna diferencia a favor de aquéllos.

En cuanto a las aptitudes numéricas, la ventaja favorece a los varones, especialmente en las pruebas de razonamiento aritmético y resolución de problemas. Sin embargo, las mujeres son superiores en velocidad y precisión de cálculo con números.

Los hombres destacan también en las aptitudes mecánicas y espaciales, medidas por pruebas de rompecabezas, laberintos, ensamblaje de objetos y otras similares. Es muy considerable la posibilidad de que esta superioridad masculina se deba a motivos de educación, costumbre y actitud ante este tipo de tareas, lo que implica que la igualdad de ambos sexos en estas aptitudes sería probablemente simple cuestión de aprendizaje.

En las llamadas «habilidades motoras», los hombres resultan superiores en la velocidad y coordinación de los grandes movimientos corporales, medidas por pruebas tales como equilibrio sobre tablas estrechas o habilidad y puntería en lanzamiento de objetos. Superioridad que puede muy bien atribuirse a la ventaja en fuerza y reactividad muscular, y en tamaño y proporciones del cuerpo.

Las mujeres aventajan, en cambio, a los hombres en otro tipo de habilidad motora, la destreza manual, con mayor control en el movimiento de muñeca y dedos. Una prueba de ello es que las niñas aprenden a vestirse antes y mejor que los niños, y además superan mejor que éstos las pruebas de abrochado de botones y ejecución de nudos. La industria conoce la mayor habilidad y precisión femenina en tareas de manipulación, resultando las mujeres tanto o más aptas que los hombres en trabajos que requieren destreza y rapidez más que fuerza.

Otra aptitud en que las mujeres aventajan a los hombres es la percepción rápida de detalles y cambios frecuentes de atención, habilidad muy relacionada con la aptitud administrativa. La diferencia en este aspecto es significativa e indiscutible, y los «tests» empleados para medir la aptitud administrativa han dado siempre ventaja considerable a las mujeres.

Digamos para terminar que las pruebas de memoria, aunque no en todos sus tipos ni con una gran diferencia, favorecen también a las mujeres.

Como es lógico, todas estas dife-

rencias resultan de comparar muestras de hombres y mujeres con un nivel similar de educación.

Personalidad

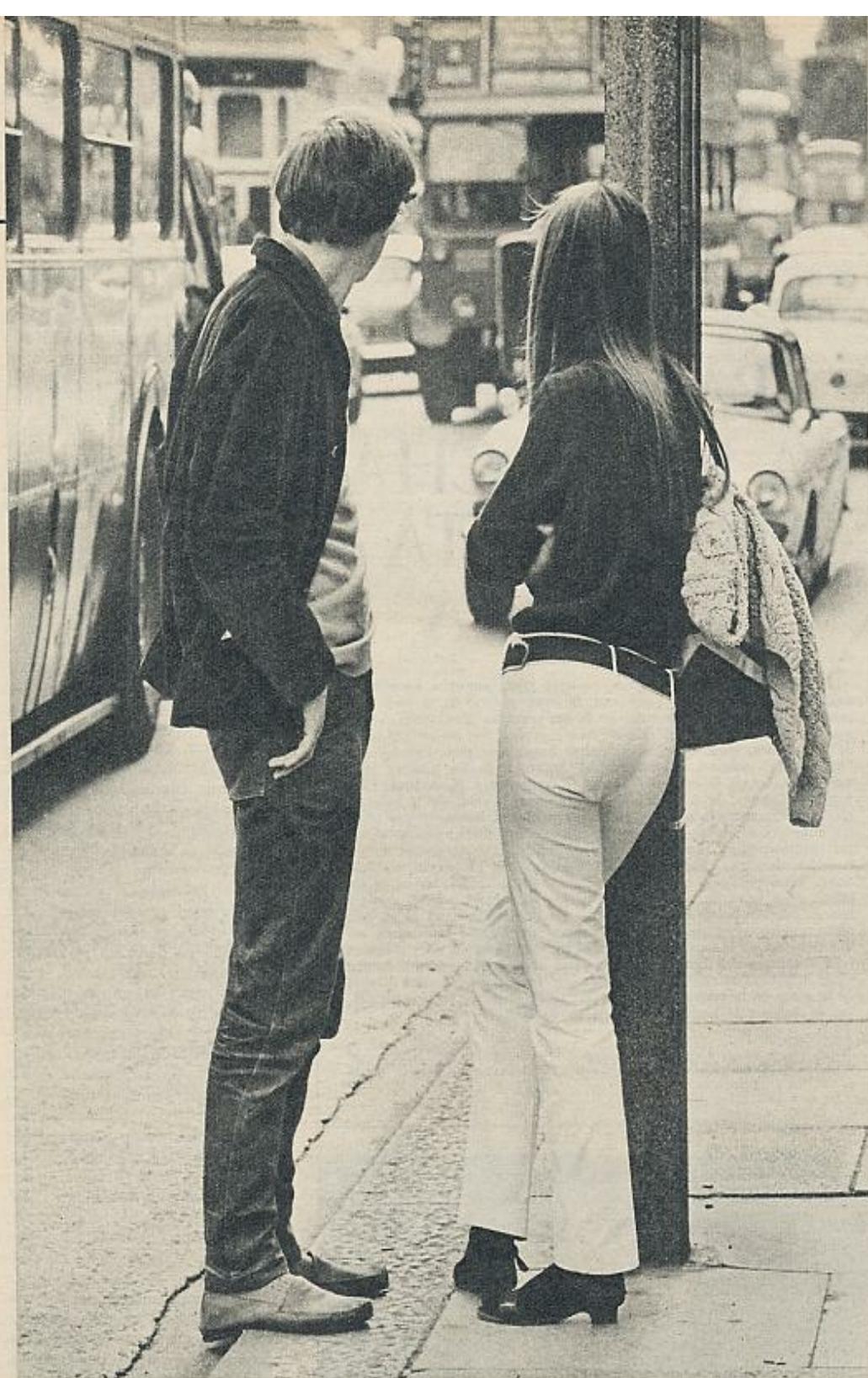
La mayor agresividad del varón es un rasgo sobre el que caben pocas dudas. Las causas son en parte biológicas —tamaño, fuerza muscular y hormonas— y en parte culturales. Ya los niños registran mayor ira, agresión, destructividad y lucha, especialmente en un aspecto físico, mientras que las niñas tienden a la agresividad simbólica o verbal. También la dominancia es superior en los varones.

En cuanto al equilibrio emocional, las mujeres registran una tasa superior de inestabilidad y neuroticismo, y esta diferencia, que no es clara en las primeras edades, tiende a aumentar con el paso del tiempo, lo cual nos sugiere una causa predominantemente social. La progresiva equiparación social entre hombre y mujer no está traduciéndose en una disminución de esa diferencia, y ello se debe a que esa aparente equiparación aún no es tal, mientras no se supriman un sinnúmero de discriminaciones, frustraciones y fuentes de conflicto todavía existentes para la mujer.

Es importante el campo de los intereses y de la sociabilidad. No puede decirse que las mujeres sean más sociables que los hombres pero sí que muestran una mayor dependencia del ambiente, así como mayor orientación social. Simplificando mucho, el hombre se interesa más por las cosas, mientras que la mujer se interesa más por las personas. El pensamiento masculino se orienta más en términos del yo y de consecución personal, mientras que el femenino se orienta más en términos del ambiente y del deseo de afecto social y amistad. Asimismo, el hombre encuentra más valor en las acciones hostiles contra una sociedad competitiva, mientras que la mujer lo encuentra en la libertad de mantenerse en un ambiente amistoso y agradable.

Un repaso global a la personalidad masculina y femenina predominantes en nuestra cultura nos daría los siguientes resultados: Los hombres acusan interés en realización y aventura, ocupaciones exteriores y de esfuerzo físico, maquinaria y herramientas, ciencias, fenómenos físicos e inventos, y también asuntos de empresa y comercio. La mujer se orienta más a la casa, objetos y ocupaciones estéticas, las ocupaciones sedentarias y de interior, y actividades de auxilio social.

Los hombres, por su parte, manifiestan mayor autoconfianza y agre-



sividad, más dureza y temeridad, más rudeza de modales, lenguaje y sentimientos. Las mujeres se consideran como más compasivas y simpáticas, más tímidas, aburridas y sensitivas estéticamente, y más emocionales en general, aunque admiten ser más débiles en control emocional.

Nada de lo que hemos dicho, tanto sobre aptitudes como sobre personalidad, debe hacernos pensar en diferencias radicales ni demasiado ostentosas. Las diferencias mencionadas, aunque significativas, sólo son de grado y a nivel de grupo. En las características observadas en

hombres y mujeres se observa una notable superposición. Esto quiere decir que dentro de cada sexo existen grandes diferencias individuales y que una cantidad muy considerable de hombres supera a la media de las mujeres en las características en que éstas destacan, y otro tanto ocurre con las mujeres en relación a los hombres.

Más aún, en las profesiones ejercidas por ambos sexos encontramos a menudo que hombre y mujer registran en muchos aspectos más parecido entre sí que con los individuos del mismo sexo pertenecientes a otras profesiones. Lo

cual nos indica una vez más que el factor educación y ambiente es fundamental.

Escuela y profesión

Poco hay que decir sobre el número de hombres y de mujeres que han alcanzado la eminencia. La superioridad masculina ha sido aplastante. En el análisis de este hecho hay que tener en cuenta la multitud de factores que, además de la aptitud, determinan el éxito. Las diferencias en este sentido pueden achacarse sin muchas dudas a fac-

tores ambientales. A las mujeres se les ha vedado sistemáticamente muchos tipos de ocupaciones, y aún hoy dista mucho de existir una competición igualitaria. La incorporación de la mujer a la educación es también muy reciente. Y aunque hoy, a nivel de países desarrollados, la mujer se acerca progresivamente al hombre en los terrenos educativo y profesional, la diferencia, aunque disminuye, sigue persistiendo.

Sin embargo, y en contraste con esta situación, el rendimiento escolar de las chicas resulta superior. Aunque unos y otras tienden a destacar en las tareas que están más de acuerdo con sus aptitudes, las chicas registran mayor adaptación y regularidad, y sus calificaciones suelen ser superiores. ¿Por qué esta situación se invierte en el rendimiento adulto?

La razón del mejor rendimiento escolar de las chicas puede estar relacionada con su mayor aptitud lingüística, pero también con factores de personalidad. Ellas suelen ser más dóciles, sumisas y disciplinadas. Pero estas mismas características, tradicionalmente femeninas, las dificultarán luego, a la hora de asumir posiciones de liderazgo en la vida adulta. A ello hay que unir la función de los papeles y estereotipos sociales, que marcarán toda la evolución posterior del individuo. Cuando lo que se espera de cada uno tiene toda la fuerza de la tradición cultural, cuando esa expectativa se mantiene presente a lo largo de toda la vida y cuando la sociedad selecciona la función de cada uno por su sólido y complejo mecanismo de facilidades y dificultades, es muy difícil, a veces imposible, no sucumbir a todas esas presiones.

Conclusión

De todo lo visto hemos de concluir de una vez por todas que no se puede decir que uno u otro sexo sea superior al otro, sino solamente que existen diferencias específicas de aptitudes y de personalidad. Esas diferencias obedecen predominantemente a factores culturales, y aunque algunas diferencias biológicas influyen sobre la conducta, esa influencia se matiza a través de una compleja red de factores sociales.

Y para terminar, la superposición de todas las características psicológicas de hombres y mujeres es tal y se observan tales diferencias individuales dentro de cada sexo, que debemos considerar a hombres y mujeres como individuos, más bien que a través de estereotipos colectivos. ■ LUCIANO MONTERO.